

EDUCATIONIS MOMENTUM

vol. 7, n.º 1, 2021, pp. 161-167. ISSN (impr.): 2414-1364; (online): 2517-9853

<https://doi.org/10.36901/em.v7i1.1459>

Jaume CAMPS BANSELL. (2021).

Corazón educador. Un ensayo sobre la vocación a la enseñanza.

Aula Magna, 166 pp.

Por: Ana C. GALIANO MOYANO¹

Recibido: 2021.03.16

Aceptado: 2021.05.18

El autor del libro que aquí se reseña se ha dedicado a estudiar ampliamente la educación diferenciada y personalizada, y en esta oportunidad centra su atención en el docente como pilar fundamental de la tarea educativa. *Corazón educador* (ISBN eBook: 9788418392207) es un ensayo sobre la vocación a la enseñanza que presenta aspectos referidos al ser docente, dignos de ser reflexionados, teniendo en cuenta las dimensiones personal, interpersonal y social de la práctica docente. Para llevar a cabo este trabajo, Camps Bansell realiza una investigación recogiendo testimonios de docentes y futuros docentes de las titulaciones de Infantil y Primaria, dando fundamento a los planteos teóricos propuestos.

La educación es un misterio, y como tal no es posible abarcarlo racionalmente. Para llegar al abismo de la cuestión es necesario adentrarse en los insondables caminos del corazón. Sin caer en una reflexión romántica sobre la vocación docente, sino más bien haciendo un planteamiento realista y humanista de la educación, el autor realiza un análisis teniendo en cuenta la vocación a la enseñanza, el amor pedagógico y la intuición educativa. A continuación, se presentan los argumentos más relevantes de cada uno de estos aspectos.

1 Universidad de Valladolid, España. Correo electrónico: anagaliano24@gmail.com
ORCID: <https://orcid.org/0000-0003-2938-7432>

La vocación docente

La tarea educativa es una vocación, es decir, es una respuesta a una llamada descubriendo aquello que debemos ser. De allí que el planteo se focaliza en que existen algunas condiciones preexistentes en el docente, que son anteriores a su elección. Condiciones en su forma de vida, su infancia, sus experiencias con otras personas, su deseo de entrega y servicio. Y esto lleva a pensar en la dimensión personal del docente, pues antes de ser docente es persona, y evidentemente estos aspectos son condicionantes de futuras elecciones.

No se puede olvidar que cada persona, por su naturaleza, es una unidad, un todo integrado. De manera que no se puede ser docente dentro del aula y dejar de serlo fuera. De aquí la importancia de la autoridad y deber moral del maestro, que se debe ver plasmada en la coherencia de vida.

Es misteriosa y magnánima la dimensión de donación que tiene la vocación, y muchos docentes lo identifican en los testimonios que se recogen en esta investigación, compartiendo que la mayoría ha descubierto la vocación en situaciones de servicio a los demás. Evidentemente, estas situaciones de servicio son propicias para despertar deseos profundos o anhelos que intentar salir a la luz, en este caso a través de la vocación a la enseñanza.

Ahora bien, un planteo interesante se manifiesta en la diferencia entre vocación y profesión. De manera que se abre la posibilidad a la existencia de docentes profesionales y docentes vocacionales. Al respecto hay opiniones encontradas, pero el autor considera que no se oponen entre sí. Así mismo, es necesario hacer referencia a los planteos que realizan algunos docentes informantes, puesto que identifican que la vocación no permanece siempre igual, hasta incluso a veces desaparece. Esto puede deberse probablemente a las diferentes situaciones burocráticas y exigencias que se les atribuyen a los docentes, quienes, si bien tienen una gran responsabilidad social, no dejan de pertenecer a la escuela y colaborar subsidiando la tarea educativa de la familia.

Y de manera aún más comprometida, también es reconocido que existen muchos docentes sin vocación, puesto que encontraron en la docencia una rápida salida laboral. Por lo que sería correcto decir que no todos los docentes

tienen vocación, y aún más, no todos pueden ser verdaderos docentes, puesto que no cualquiera tiene la gracia de ser educador y formador.

El amor pedagógico

Muchos autores han hablado sobre el amor pedagógico, y se considera que el mismo es necesario tanto para educar como para aprender. En este ensayo, el amor pedagógico tiene un lugar fundamental porque el autor lo entiende como base de la vocación docente y, por tanto, necesario en la relación docente-alumno. Esta relación humana —profunda y personal—, mediada por el amor pedagógico, es el centro de la tarea educativa. Entendiéndola así, se proporciona una atención desinteresada pero exigente hacia los alumnos, viendo en ellos aquello que los mismos aún no han visto. En palabras de Pedro Salinas (1971), es «sacar de ti tu mejor tú» (p. 285). Ahí está el desafío: el maestro debe amar la potencialidad de sus alumnos, y predisponerlos a desarrollarla, no sin esfuerzo y exigencia.

Esto lleva a pensar en que, si bien el amor no es cuantificable, el docente debe amar pedagógicamente a todos y a cada uno de sus alumnos, en la diversidad y en la singularidad, comprendiendo el valor personal y social que la docencia tiene.

La relación pedagógica es tan maravillosa, al punto que se puede decir que una parte de la vida del educador encuentra su realización allí. Incluso, tal como lo indican los testimonios recogidos en este libro, esa relación ha sido el detonante de la vocación de muchos aspirantes a docentes.

El amor trae como consecuencia la esperanza, y en el amor pedagógico esto no es una excepción. Si hay algo profundamente misterioso y que impulsa a seguir creyendo en la bondad de la educación es la esperanza. Mucho podría decirse de ella en el ámbito educativo, puesto que si la educación es el auxilio que se necesita para alcanzar el pleno desarrollo humano, la esperanza es el don de seguir adelante sin entristecerse, de seguir en pie en medio de la debilidad, de comprender la promesa que cada uno es en el camino de la vida. La esperanza es el final de todo en un mundo caído, y redimido.

Camps invita también a reflexionar sobre la formación docente, porque si bien son necesarios los conocimientos académicos, también es importante

repensar la formación sobre este amor pedagógico. El maestro debe ser capaz de ver los oscuros laberintos y luminosas profundidades en la realidad de sus alumnos, y por amor hacer despertar aquellos talentos que se encuentran en cada uno, y ponerlos al servicio del bien, la verdad y la belleza.

La intuición educativa

Un planteo interesante tiene que ver con la intuición educativa. Es sabido que en toda tarea educativa la planificación es de suma importancia, pero, en este caso, el argumento se centra en la necesidad de la intuición e improvisación como parte necesaria de la realidad del aula.

El amor no se planifica, y en este caso el amor pedagógico lleva aparejada la intuición propia de quien conoce a sus alumnos, quien desea lo más sublime para ellos, y bajo la bandera de la vocación, actúa; porque el amor es lo contrario a la indiferencia.

El autor plantea que la relación entre amor pedagógico e intuición educativa consiste en que el primero es el motor y el segundo es el movimiento. Ese movimiento en el corazón educador permite reconocer la unicidad personal de cada alumno y conducirlo por el recto camino; y aún más, como el ser humano tiene posibilidades de perfeccionamiento infinito, el docente debe proporcionarle el conocimiento para poder autoconducirse libremente. Esto es posible únicamente si los educadores son conscientes de la necesidad de una educación integral, en donde haya unidad y armonía de las dimensiones de la persona (corporal, afectiva, volitiva, intelectual, trascendente), y dándole a la libertad la importancia que merece. Educar es respetar delicadamente la libertad, no con prohibiciones constantes sino permitiendo elegir y aceptar el bien, porque sin ella no puede haber un verdadero desarrollo personal, por tanto, tampoco una auténtica educación. Educar en la libertad y para la libertad es educar el carácter.

Comprender esos aspectos permitirá tener una mirada más personal y humanística de la educación, acrecentando los conocimientos del docente y sus deseos de educar.

El corazón habla al corazón

Cor ad cor loquitur [El corazón habla al corazón] fue el lema del cardenal Newman (1879), quien ha sido ejemplo de docente vocacional. Camps describe en su libro las características propiciadoras de un buen docente, y el teólogo victoriano personificó cada una de ellas. Entendió y predicó la necesidad de la educación personalizada, que atienda a la integralidad y unidad de la persona humana.

Si comprendiéramos la profundidad de este legado, la educación lograría su cometido: sacar de cada alumno lo mejor de sí. Y esta misión es particularmente propia del maestro. Solo un corazón que le hable a otro es capaz de hacer despertar en él la vocación. El maestro debe ser un despertador de vocaciones, con su ejemplo; encarnando las virtudes, con su integridad de vida. Un ejemplo de ello es el poema «Brindis» de Gerardo Diego (1925), que traduce las palabras que resuenan en el corazón de cada docente vocacional:

Amigos:
dentro de unos días me veré rodeado de chicos,
de chicos torpes y listos,
y dóciles y ariscos,
[...]

y les hablaré de versos y de hemistiquios,
y del Dante, y de Shakespeare, y de Moratín (hijo),
y de pluscuamperfectos y de participios,
y el uno bostezará y el otro me hará un guiño.
Y otro, seguramente el más listo,
me pondrá un alias definitivo.
Y así pasarán cursos monótonos y prolijos.
Pero un día tendré un discípulo,
un verdadero discípulo,
y moldearé su alma de niño
y le haré hacerse nuevo y distinto,
distinto de mí y de todos: él mismo.
Y me guardará respeto y cariño.
Y ahora os digo:
amigos,

brindemos por ese niño,
por ese predilecto discípulo,
porque mis dedos rígidos
acierten a moldear su espíritu,
y mi llama lírica prenda en su corazón virgíneo,
y porque siga su camino
intacto y limpio,
y porque este mi discípulo,
que inmortalice mi nombre y mi apellido,
... sea el hijo,
el hijo
de uno de vosotros, amigos.

Nada grande a la vista se ha hecho sin pasión ni esfuerzo. La tarea que el docente lleva adelante no es simple ni sencilla. De hecho, la profesión de educador es considerada entre las más exigentes por varios motivos, no solo por la necesidad de formarse continuamente a través de conocimientos y competencias pedagógicas específicas, sino por la gran responsabilidad social de trabajar con seres humanos, teniendo un contacto tan estrecho que comparte con la familia la magnífica labor de moldear sus almas. De aquí se desprende la necesidad absoluta de todo docente: tener su carácter formado y desarrollar virtudes en alto grado.

Ahora bien, sería un error no mencionar que aquel que ama se entrega, y eso no asegura la correspondencia. Por tanto, el amor pedagógico —como ningún amor— no está protegido del rechazo. Pero, aun así, el docente profesa una vida de entrega al conocimiento y a la verdad. Es por ello que debe trabajar para algo mucho más grande que uno mismo.

Varios aspectos intangibles de la educación se tratan en este ensayo, mas no se puede dejar de hacer mención antes de finalizar esta reseña, sobre cierto sentido espiritual que menciona el autor. Unas líneas son dedicadas a la misión del docente, y la importancia trascendental de la misma. Los maestros vocacionales descubren en su trabajo «su lugar en el mundo», y por eso mismo buscan la excelencia en su propia práctica, no conformándose con menos. Y, por lo mismo, son conscientes de su impacto en la vida de sus alumnos, porque el maestro educa o deseduca de acuerdo a su calidad ética. De esta manera, el docente vocacional, con corazón educador, reconoce que

su labor no es solo de transmisor de conocimientos sino de descubridor. Un verdadero docente debe ayudar a sus alumnos a que descubran su camino. Ese es el gran desafío.

Si bien la satisfacción del maestro vocacional recibe la plenitud en lo que da, no en lo que recibe; aun así —en todos los ámbitos de la vida— lo que se siembra, se cosecha.

Referencias

Salinas, P. (1971) *Poesías completas*. Barral.

Diego, G. (1925) *Versos Humanos*. Renacimiento.

Camps Bansell, J. (2021). *Corazón educador. Un ensayo sobre la vocación a la enseñanza*. Aula Magna.